

madera rotos, osos de felpa despanzurrados, y aquello me hubiera hecho correr escaleras abajo de no encontrar en un estante lleno de polvo los famosos álbumes. Y allí montones de caras, algunas hermosas como los ángeles de las estampas, otras tan feas como sustos, hasta que llegué a la del tatarabuelo, es claro que distinguido por lo de la banana y una gran cadena que debería ser para el reloj de bolsillo a bolsillo del chaleco. Lo observé en todos los detalles, dándole así cierto tiempo para conocerme y entrar en confianza. Un viejo muerto no se encuentra con su tataranieta sin correr peligro de morir de nuevo, pensé. Pero mi corazón también daba saltos, me zumbaban los oídos y respiraba corto como después de una carrera. De modo que según mamá, le dije al fin entre mis sofocos y las nubes de polvo levantadas al mover las páginas, mi dislexia fue lo que me dejaste por herencia ¿no es así? Lo miré fijamente esperando una respuesta, pero él estaba hecho de metal, no daba señales de vida, y hasta contando aquel reloj que se habría quedado quieto en la hora y el día de tantos años atrás, todos se burlaban de mí, eran como los libros, cosas cerradas.

Lo seguí persiguiendo, y creo que le hablé con maldad. Vas a decirme algo, te voy a hacer confesar aunque sea poniendo tu cara bajo mis zapatos, deshaciéndote esas patillas unidas a la barba, esa cara de mono que tiene a mis padres en guerra, ese chaleco floreado, esos brazos casi tan largos como el cuerpo. Y nada. Así que como mis amenazas no resultaban, decidí entonces cambiar de tono: hablarás aunque te duela para tu tataranieta ¿verdad?, no lo dejes solo en medio de estas camas, estos percheros, este caballo manco de cuando mi abuelo era chico... Ya iba a seguir con el recuento de todo el desván cuando de repente sucede, sí, y yo no miento, pues sólo los que saben leer y escribir aprenden también a mentir, sucede que el hombre feo se ha puesto a llorar, llorar como la lluvia hasta mojar el cartón del álbum donde se encuentra pegado. Y quién se explicará algo tan extraño, yo no lo sé, tal vez esté en los mugrosos libros que parecen pasarse todos los secretos, y por eso se ven tan sucios como las manos de la gente. Aunque yo no los necesitaba tampoco, dije para mí, teniendo un posible sábelotodo como el Pensador a un cuarto para las cinco de todas las tardes y también los domingos. Fue así que enjuagué las lágrimas del viejo con mi pañuelo, saqué el retrato del álbum, lo guardé entre pecho y camisa y me encaminé a la inútil escuela. No, qué va, aquello no era asistir a ninguna escuela, más bien se trataba de una estación para esperar ciertas cinco menos cuarto donde a la vez se detendría un tren fantasma, el de mis encuentros de verdad con el Pensador del zoo. Porque también debo decir que yo tardaba en dormirme por las noches desde que lo había conocido, y luego hasta soñaba con él, algo que no me avergüenza, ya que mis sueños eran todos civilizados: el chimpancé viniendo a mi cumpleaños, el chimpancé bajo las barbas de Papá Noel, el chimpancé saludándome parado en una sola pata sobre el caballo al trote del circo.

Y ahora, como sucede siempre cuando la ocasión es importante, ha empezado a llover, y esos días chorreantes por todos lados nadie va a los paseos públicos. Yo salgo de la escuela a la misma hora adelantada en quince minutos y me convierto con eso en más bueno que nunca, un niño que no olvida el medicamento de su abuelo por ningún capricho del tiempo. Guardo al tatarabuelo entre los papeles de mi mochila, paso de largo con tristeza por la casa del amigo, camino lentamente para compensar, pesco un resfrío, hago fiebre, deliro en voz alta con el Pensador, causo la risa de mi abuelo, cosquillas en la

ignorancia de mis padres y hasta en la del médico. Y así, viejo ya como de una semana más, reaparezco una tarde a los ojos del habitante del jardín enrejado.

Esta vez el Pensador pareció reparar en mí, al menos sacando la mirada de aquel punto fijo y clavándomela, al tiempo de observar con cierta curiosidad lo que yo sacaba del pecho, la plancha metálica con la imagen del hombre de la banana. Se la alcancé, él alargó la mano libre, tomó con sencillez y buenos modales la lámina, la observó por su cara ilustrada alejándola un poco de la vista como hacía mi abuelo al leer y luego me miró pareciendo pedirme ayuda. Yo tenía casualmente un pequeño espejo en el bolsillo, se lo acerqué no sé si por bondad u otro sentimiento, porque él tal vez no supiese cómo era, y de ese modo sucedió de nuevo lo increíble desde el episodio del desván. Al igual que mi tatarabuelo del álbum, y después de varias comparaciones, el Pensador comenzó a llorar. Pero en su caso con unos gemidos que daban lástima, mientras, y ya no más como Pensador, sino con las dos manos en uso, en una el espejo y en la otra el retrato, se había abierto por fin la brecha entre nosotros. Extendí mi propia mano derecha como indicándole una devolución. El animal sacó esta vez de dentro un corto grito, sonrió como un hombre mostrando sus dientes amarillos bajo unas encías color vino y me devolvió el retrato, aunque no el espejo que parecía pasar a ser su tesoro. Yo entendía mucho eso de los tesoros, ya que tenía guardados bastantes: trocitos de trapos diferentes con los que mi padre había lavado el coche, cerillas apagadas, cuerdas de juguetes mecánicos, caireles de lámparas viejas, botones que nadie podía encontrar a pesar de haberlos visto caer al suelo, y tantas cosas más que la caja ya no cerraba. Y algo me hizo pensar que el pobre animal no conocería esa felicidad, le limpiarían la jaula de cuando en cuando y arrojarían al bote de basuras sus riquezas mientras él saltase alrededor como un diablo cojo sin poder salvar nada. Por eso entendí lo que significó esconder el espejo en un hueco de la pared frente a la que estaba sentado, igual que yo con mi caja.

Y esto fue lo que hicimos en adelante: inventar una manera de comunicarnos sin palabras, él, un Pensador analfabeto, yo un disléxico con el que había que mantener las apariencias de niño normal. Y así lo escuché, sí, lo escuché decir lo que todavía no entiendo, y que repetí en mi casa al otro día a la hora del almuerzo dejándolos pálidos: «Con sólo tres o cuatro verdades en el mundo hubiera alcanzado, todo lo demás sobró».

Pero ellos se limitaron a eso, quedar blancos como papeles. Únicamente que yo me reservé parte del rollo para la cena, que es cuando la gente resiste porque come más tranquila y también puede irse a la cama si le tiemblan las piernas. Entonces, mientras me negaba a probar unas ranas a la provenzal, porque me daban tristeza, dije como si nada: «El tal Darwin anduvo tras nuestra verdad, pero se conmovió por amor hacia él, a su mujer, a sus hijos. En realidad la escala zoológica culmina en la inteligencia de los delfines. Luego empieza a descender hasta el hombre. El error de los primates fue ponernos tan verticales que nos separamos de nosotros mismos.»

—¡Es un monstruo, un enano caído de otro planeta que nos viene engañando con la edad desde que nació! —vociferó mi padre haciendo saltar la panera de un puñetazo—. ¿Dónde habrá leído tales dislates?

—No lee, abí está lo malo —dijo mi madre— quizá la herencia de la hermosura de tu bisabuelo no fuera sólo en dinero...

La cosa ya empezaba a ponerse discutida. Como para desafiar, abrí en dos partes

el flequillo que me estaba tapando la vista. Mi abuelo me miró largamente con los anteojos sobre la punta de la nariz, es decir, también sin estorbarse con nada, y como siempre impidió que los golpes que debería recibir quedaran sólo en amenazas. Yo me fui a mi cuarto a hacer conjeturas, seguramente que lo dicho sería importante, aunque para mí nada más que ideas borrosas que el Pensador me habría transmitido a su modo para agradecerme la donación del espejo, y lo que valdría ese espejo para él quién iría a saberlo.

Llegué al otro día a la cita de siempre. Mi amigo se miraba reflejado como una dama que está a punto de salir para una fiesta, y hasta creí entender que esa fiesta era yo, el pobre pájaro de las cinco menos cuarto de la tarde, invariablemente mudo, muerto de hambre por haber gastado el dinero de la merienda en el ticket, y también de miedo, pues me pareció que el vigilante del parque me había seguido y estaba agazapado tras una plantas. ¿Y por qué no, al fin, un poco de precaución de parte de ellos? Yo había oído contar a mi abuelo que cierto estudiante, furioso por haber sido rechazado en una pregunta sobre hipopótamos, va y arroja un libro de zoología al estanque de esos pobres diablos. Y la bestia inocente que se come el libro, y el libro que se abre en su interior, y el hipopótamo que muere. ¿Pero qué creerían éstos ahora, que yo era un asesino así cuando ni ranas podía comer? Asesino, asesino, iba diciendo. Mi rencor hacia el estudiante que ya habría muerto de vejez me hizo repetir tantas veces la palabra que era posible la hubiese escuchado el mono, porque lo que me comunicó sin hablar como siempre, y que repetí en la mesa esa noche, era algo parecido a esto: «Asesinos, asesinos patológicos. Lo malo es cuando alguno de ellos se pone la idea de matar dentro del cráneo y el mundo bajo el brazo...»

¡Y no, doctor, yo no lo leí ni tampoco puedo decir quién me lo enseñó, a lo mejor fue la herencia de mi hermosura de tatarabuelo como dice mamá! ¡Pero déjenme escapar de este hospital, déjenme, por favor!

Los ruidos, o mejor las voces del jardín zoológico, empezaron a inundar el cuarto. Las oí una por una y en conjunto como en un concierto cuando se cierran los ojos y se piensa que es mejor así, creer que un solo hombre se ha partido en tantos pedazos y que cada pedazo distinto estará pegado al otro y al otro por algo que nunca se podrá palpar con las manos, aunque todos los músicos usen las suyas para hacer hablar a las cajas, las cuerdas, los metales, las maderas. Y lo más impresionante fue el alarido final del chimpancé cuando los encargados de la fajina le encontraron el espejo en el hueco de la pared y se lo robaron, y él decidió morírseles de un síncope como un hombre cualquiera, al fin para qué vivir, ya lo había comunicado casi todo. Y luego lo último que supe de mi propia voz durante la inyección mientras se me endurecía la lengua: El Pensador de Rodín me está esperando para la tercera y cuarta verdad, y a lo mejor el mundo se acaba por culpa de los asesinos y él no podrá decírselas a nadie porque sólo yo soy su confidente, un pobrecito disléxico usted sabe doctor lo que significa alguien que no aprende a leer, pero que ya ni siquiera le importa, porque, en realidad, para qué...

ARMONÍA SOMERS

Plaza Independencia, 845

Palacio Salvo, piso 16; apto. 1620

MONTEVIDEO. Uruguay